

843

P. 22503

178

2.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Editores.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

V. 2

Est. tip. de Evaristo Sánchez, San Martín, 2.

I.



ué tremenda agonía!

La señora Chanteau se había calmado, sin que la persiguiese ya el horror al veneno.

Y sin embargo, hablaba sola, incesantemente, con voz clara, con frases rápidas, interminables, y sin levantar de la almohada su cabeza.

Y no se dirigía á nadie, sino que su cerebro, cual máquina que se destornilla, como reloj que se descompone, empujaba á sus labios aquella oleada de palabras, último *tic-tac* de su inteligencia, falta ya de cuerda.

Todo su pasado desfilaba ante ella, y no pronunciaba una frase acerca del presente, de su marido,

de su hijo, de su sobrina, ni tampoco de su casa de Bonneville, donde había estado encerrada su ambición por espacio de diez años.

Hablaba como si fuese todavía la señorita de Vigniere, cuando ella daba lecciones en las casas más distinguidas de Caen; pronunciaba familiarmente nombres que jamás la oyeron ni Paulina ni Verónica; contaba largas historias sin hilación alguna, cortándolas con numerosos incidentes y cuyos detalles no comprendía siquiera la doméstica, aunque hacía muchos años que estaba á su servicio.

Semejante á los cofrecitos de donde se sacan viejas cartas amarillentas, parecía que anhelaba desembarazar su cabeza de tales recuerdos de juventud, antes de espirar.

Paulina, á pesar de su valor, sentía escalofríos ante aquella confesión involuntaria que salía á la superficie con el mismo trabajo de la muerte.....

Y ya no era un soplo, un gemido; era una charla aterradora que llenaba todos los ámbitos de la casa.

Lázaro, cuando pasaba por delante de la puerta, oía algunas frases, y las daba cien vueltas para encontrarlas sentido, extraviándose como en una historia ignoraba que su madre refería, desde más allá de la vida, á gentes invisibles.

Cuando llegó el doctor Cazenove encontró á Chanteau y al cura Horteur en el comedor, preparándose á jugar á las damas, y hubiera podido creerse que no se habían movido de aquel sitio y que continuaban una partida empezada la víspera.

Cerca de allí aparecía la Minucha, sentada sobre sus patas traseras, en actitud de estudiar el tablero de damas.

El cura Horteur había llegado muy temprano, para continuar desempeñando su papel de consolador, y Paulina no hallaba ya inconveniente en que aquél subiese á visitar la enferma.

Dejó, pues, su juego el cura, y acompañó al médico en la visita, presentándose á la señora Chanteau como antiguo amigo que sólo deseaba tener noticias directas de ella.

La enferma les reconoció y quiso que se la incorporase en las almohadas, para recibirlos con la *reali-*tesía de una dama de la buena sociedad de Caen, en medio de su delirio sonriente.

El buen Doctor debía estar satisfecho de ella, ¿no es verdad? ¡Pronto abandonaría el lecho!... Y al cura Horteur le preguntó muy cortésmente por su salud.

Este último, aunque subió con la intención de

cumplir su deber de sacerdote, no se atrevió á decir una palabra, aturdido ante aquella agonía charlatana; y por otra parte, Paulina, que estaba presente, no le hubiera permitido aludir siquiera á asuntos de conciencia.

Cuando los dos se retiraron, la joven les acompañó hasta la meseta de la escalera, y el médico la dió allí instrucciones para los últimos instantes de la enferma.

Y mientras, fluían las palabras de rápida descomposición, con murmullo confuso é ininteligible.

—¿Luego creéis que no pasará de la noche?—pre-
viejas ^{caro} joven.

de ^{ato la j} —Tal vez llegará á mañana—respondió Cazenove;— pero no la levantéis, porque podría quedarse en vuestras manos..... Yo volveré esta noche.

Quedó convenido que el cura permaneciese al-
-pe do de Chanteau, preparándole á recibir la noticia de la catástrofe, y Verónica en los umbrales de la puerta escuchaba con terror aquellas disposiciones.

La infeliz, desde que creyó en la posibilidad de la muerte de su señora, no decía una sola palabra, y duplicaba su celo por ella con la abnegación inconsciente de una bestia de carga.

Pero todos callaron al ver á Lázaro que subía, errante por la casa, sin fuerzas para asistir á las visitas del Doctor y conocer con exactitud el peligro.

El súbito silencio con que fué acogido le informó bastante, á pesar suyo, y se puso muy pálido.

—Mi querido amigo—le dijo el médico;—debiais acompañarme, almorzariais conmigo y regresariamos aquí esta tarde.

El joven palideció más todavía.

—No, gracias—respondió;— no quiero alejarme.

Desde entonces Lázaro esperó, con dolorosa opresión en el alma, como si un cinturón de hierro le oprimiese los costados.

El día se prolongaba, y él no sabía cómo volaban las horas; no se acordaba de lo que había hecho, subiendo, bajando, mirando en lontananza ^{al} la mar, cuyo oleaje murmurador lo aturdía; la marcha invencible de los minutos por instantes se materializaba y venía á ser para él como el empuje seguido de una barra de granito que todo lo barria hacia el abismo.

Luego se desesperaba, y habría querido que todo hubiese terminado para descansar de aquella abominable espectáculo.

Hacia las cuatro, subiendo otra vez á su cuarto,

entró bruscamente en el de su madre: quería verla, besarla todavía; mas cuando se inclinó, ella continuaba lanzando la madeja embrollada de sus frases, y no le presentó la mejilla con el movimiento fatigoso que la ahogaba desde su enfermedad.

¡Quizás no le veía! ¡Aquel rostro aplanado, con los labios ya ennegrecidos, no era el de su madre!

—Retírate—le dijo Paulina con dulzura.—Sal de aquí, Lázaro..... Yo te aseguro que aun no ha llegado el momento supremo.

Y Lázaro huyó en vez de subir á su cuarto, y salió de la casa llevando la visión de aquel rostro doloroso que no reconocía.

Su prima le engañaba; el momento iba á llegar; pero él se ahogaba, necesitaba aire y espacio, corría como un loco.

Aquel beso era el último, y la idea de no ver más á su madre, nunca, le sacudía furiosamente.

Creyó que alguno corría detrás de él, y volvióse: reconoció á Mateo, que procuraba alcanzarlo con sus patas pesadas; asáltóle un frenesí rabioso, sin razón alguna; cogió piedras y las arrojó contra el perro, balbuceando injurias, para hacerle volver á casa.

Mateo, sorprendido por tal recibimiento, se alegraba, y luego volvía otra vez, y miraba al joven dul-

emente, con ojos que parecían llenos de lágrimas, y Lázaro no pudo arrojar de su lado aquel pobre animal, que le siguió desde lejos, como para velar por él en su desesperación.

El mar inmenso también le irritaba, y lanzóse rápidamente al campo, buscando los parajes más escondidos, para estar solo y oculto, atravesando por tierras de labor y saltando vallados y cercas, trastornada su cabeza por la misma idea.

Y al regresar extenuado de cansancio, un espectáculo se alzó delante de él para llenarlo de supersticioso espanto: había allí, al borde del desierto camino un álamo solitario, negro, cuya copa iluminaba la luz de la luna con pálidos resplandores, asemejándose á colosal cirio amarillento que ardía en el crepúsculo, á la cabecera de algún gigantesco muerto acostado á través de la campiña.

—¡Vamos, Mateo!—exclamó con voz ahogada.—¡Vamos! ¡Despachemos pronto!

Y volvió corriendo como había partido, y el pobre perro, que se atrevió á acercarse á él, le lamía suavemente las manos.

Mas á pesar de haber entrado ya la noche no había luz en la cocina, que estaba oscura y desierta, rojo el techo por el reflejo de las brasas del hornillo.

Aquellas tinieblas le aturdieron, y no tuvo valor para ir más lejos: quedóse de pie, extático, en medio del desorden de las cacerolas y las rodillas, escuchando los rumores que hacían estremecer la casa.

Al lado oía una tosecilla de su padre, á quien hablaba el cura Horteur con voz grave y sostenida; mas le asustaron enormemente pasos rápidos que sonaban en la escalera, cuchicheos, murmullo ronco en el piso superior...

No se atrevía á comprender. ¿Era que todo había concluído?

Y quedó inmóvil, sin fuerza para subir y enterarse, cuando vió bajar á Verónica; mas ella corría, encendió una luz y llevósela consigo, y con tanta prisa, que ni le dirigió la palabra, ni una mirada.

La cocina, iluminada un momento, volvió á quedar en tinieblas, y allá arriba las pisadas de la gente se suspendían.

Todavía descendió la doméstica otra vez, para tomar una taza, y siempre con el mismo apresuramiento mudo.

Lázaro no dudó: ¡todo había concluído!

Y entonces, desfalleciendo, sentóse en el borde

de la mesa, y esperó aún en el fondo de aquellas sombras, sin saber á qué, zumbándole los oídos en el gran silencio que reinaba.

Y sin embargo, la suprema agonía de la enferma duraba ya más de dos horas; agonía terrible que asustaba á Paulina y Verónica.

El miedo por el veneno había reaparecido con los últimos hipoes, y la señora Chanteau se levantaba, hablando aún con voz rápida, y agitándose poco á poco en furioso delirio.

Quería saltar del lecho, huir de la casa, donde alguno quería asesinarla..... y la joven y la doméstica apenas lograban sujetarla.

—¡Dejadme! ¡que me vais á matar! ¡es menester que huya! ¡pronto, pronto!

Verónica procuraba calmarla.

—Señora, miradnos..... No nos creáis capaces de haceros daño.....

La moribunda, extenuada, respiraba un instante, y quería investigar la sala con sus ojos turbios, que acaso ya no veían.

—¡Cerrad el *secretaire*! —proseguía.— ¡Está en el cajoncito! ¡Ya la veo subir!... ¡Oh! tengo miedo..... os digo que la siento..... No la deis la llave, dejadme partir..... ¡Pronto, pronto!

Y ella golpeaba en sus almohadas, aunque Paulina la sujetaba.

—Tía mía, no hay aquí nadie..... somos nosotras.

—No, no..... ¡Escuchadla! ¡Ahí está!..... ¡Oh, Dios mío! Voy á morir, porque la bribona me ha obligado á beberlo todo..... ¡Voy á morir, voy á morir!

Sus dientes rechinaban, refugiábase en los brazos de su sobrina, á quien ya no conocía, y ésta la estrechaba dolorosamente contra su corazón, cesando de combatir la abominable sospecha.

No podía asistir entonces sino al fin de aquella desorganización, que concluía en el terror; pero ya era tiempo de que su deber terminase, porque ella sentía flaquear su valor para soportarlo todo á la vez.

Felizmente Verónica velaba, y extendió los brazos, murmurando:

— Señorita, tened cuidado.

Aquella era la crisis final: la señora Chanteau con violento esfuerzo había conseguido arrojar sus hinchadas piernas fuera del lecho, y sin la oportuna ayuda de la doméstica, habría caído al suelo.

Un espasmo la sacudía, lanzaba gritos sin articular palabras, apretaba los puños como para luchar con alguien cuerpo á cuerpo, como si se defendiese contra una visión que la oprimía la garganta.

Y en aquel último instante ella debió de comprender que moría.....

Y abrió sus ojos lúcidos, inteligentes, dilatados por el horror, y cruel sufrimiento la obligó á llevar sus manos al pecho.

Después cayó sobre las almohadas, y se tornó amoratada, negra.

Estaba muerta.

*
*
*

Reinó gran silencio.

Paulina, agotadas sus fuerzas, quiso aún cerrarla los ojos, y cuando salió del cuarto, dejando como guarda del cadáver, con Verónica, á la mujer Proua-ne, á quien había enviado aviso después de la visita del médico, sintióse desfallecer en la escalera, y tuvo que sentarse un momento en los peldaños, sin fuerzas para bajar y anunciar la muerte á Lázaro y á Chanteau.

Parecíale que las paredes daban vueltas alrededor de ella.

Pasaron algunos minutos, y volvió á emprender la marcha; mas oyendo en el comedor la voz del cura Horteur, prefirió entrar á la cocina.

Pero allí percibió la sombría silueta de Lázaro,

que se destacaba en la sombra con el rojizo fulgor del hornillo.

Sin hablar, acercóse á él con los brazos abiertos.

Lázaro lo comprendió todo, y se abandonó en los hombros de la joven, mientras ella le apretaba con estrecho abrazo.

Luego se besaron en el rostro, ella con silencioso llanto y él sin derramar una lágrima, que no la encontraba, y tan angustiado que apenas respiraba.

Entonces Paulina aflojó los brazos, y murmuró la primera frase que vino á sus labios:

—¿Por qué estás aquí sin luz?

Él hizo un gesto para indicar que no necesitaba luz en su dolor.

—Es necesario encender una bujía—repuso ella.

Y Lázaro volvió á sentarse, porque no podía tenerse en pie.

Mateo, muy inquieto, había ido á dar una vuelta por el patio, olfateando el aire húmedo de la noche, y al volver, mirando fijamente á los dos jóvenes, fue á colocar su cabeza sobre las rodillas de su amo, y quedó inmóvil, interrogándole, con la mirada fija en los ojos de Lázaro.

Éste comenzó á temblar con la mirada del perro.

Bruscamente se le saltaron las lágrimas y estalló

en sollozos, estrechando en sus brazos el cuello de aquel animal doméstico, amado por su madre hacía catorce años, y murmurando entrecortadas frases.

—¡Ah, mi pobre Mateo! ¡pobre Mateo!... ¡Ya no la veremos nunca!

Paulina, á pesar de su turbación, había encontrado y encendido una bujía, y no intentó consolarle, feliz con verle llorar.

Una misión penosa la quedaba: la de advertir á su tío Chanteau; pero como se decidiese á pasar al comedor, donde Verónica había llevado una lámpara al caer el crepúsculo, oyó que el cura Horteur acababa de presentar á Chanteau, por medio de largas frases eclesiásticas, la idea de que su mujer estaba perdida para él, y que sólo era cuestión de horas.

Así, cuando el anciano gotoso vió entrar á su sobrina, trastornada, con los párpados rojos, adivinó la catástrofe, y Paulina no tuvo necesidad de hablar.

—¡Dios mío!—tartamudeó el viejo.—Yo no hubiera deseado otra cosa sino verla viva una vez todavía..... ¡Ah, malditas piernas, malditas piernas!

Y no pasó de allí, llorando un poco y exhalando suspiros débiles de enfermo; y luego volvía otra vez

á reñir con sus piernas, á injuriarlas, á maldecirlas, á quejarse como si hubiese temido la inminencia de un acceso de gota.

Discutióse un instante la posibilidad de subir al primer piso, para que pudiera abrazar una vez á la muerta; mas se juzgó que, además de la dificultad de la subida, era inútil procurarle la emoción de aquella suprema despedida, la cual, por otra parte, él no pedía.

Quedó en el comedor, ante el tablero de damas en desorden y relegado al otro extremo de la mesa, no sabiendo cómo situar sus manos de gotoso, no teniendo libre la cabeza (así decía) para leer y comprender un periódico.

Cuando se le acostó, asaltáronle recuerdos lejanos porque lloró mucho.

Dos largas noches y un día interminable pasaron; horas terribles cuando la muerte habita en la casa.

Cazenove sólo había reaparecido para hacer constar la defunción, sorprendido una vez más de tan rápido fin.

Lázaro, que no se acostó la primer noche, estuvo escribiendo hasta mediodía algunas cartas á parientes lejanos.

Había que trasportar el cadáver al cementerio de

Caen para inhumarle en el panteón de la familia; el Doctor se encargó amistosamente de todas las formalidades del entierro, y tuvo que hacer en Bonneville su penosa declaración, que Chanteau mismo estaba encargado de recibirla, por ser alcalde del pueblo; Paulina, que no tenía traje negro, tuvo que arreglarse con ayuda de viejas faldas y un chal de lana, del que pudo hacerse el corpiño.

La primer noche, y también el día siguiente, lo pasaron todo en la agitación febril de tales ocupaciones; pero la segunda noche fué para ellos eterna, interminable por la dolorosa espera del día inmediato.

Nadie pudo descansar; las puertas estaban abiertas; bujías encendidas se destacaban en los peldaños de la escalera y en los muebles; un olor acre de fénol había invadido hasta las piezas más lejanas de la casa.

Todos estaban encorvados bajo el peso del dolor, con la boca cerrada, los ojos turbios por las lágrimas: sólo sentían la necesidad imperiosa de agarrarse á la vida.

En la mañana siguiente, á las diez, empezó á tocar á muerto la pequeña campana de la iglesia, y por consideración al cura Horteur, que había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

plido como afectuoso amigo en aquellas tristes circunstancias, resolvióse celebrar la ceremonia religiosa en Bonneville, antes de llevar el féretro al cementerio de Caen.

Chanteau, desde que oyó los tañidos de la campana, agitábase en su sillón.

—¡Yo quiero verla llevar!— repetía. —¡Ah, infames piernas! ¡qué miseria tener estas miserables piernas!

En vano se intentó evitarle el cruel espectáculo: cuanto más tocaba la campana, más se incomodaba el viejo, y gritaba:

—¡Rodad mi sillón hasta el pasillo! ¡Ya siento que la bajan! ¡Pronto, pronto! ¡Yo quiero verla partir para siempre!

Fué menester que Paulina y Lázaro, vestidos de luto y enguantados ya para asistir al fúnebre acto, le obedeciesen; y uno por la derecha y otro por la izquierda, empujaron el sillón hasta el pie de la escalera.

Cuatro hombres bajaban el féretro, cuyo peso les rompía los hombros; y cuando apareció allí, con su madera nueva, sus agarradores relucientes, su placa de bronce grabada, Chanteau hizo un esfuerzo para levantarse.....

Pero sus piernas de plomo le clavaban, y cayó desplomado en el sillón, trémulo, y agitándose de tal manera que sus mandíbulas rechinaban como si estuviera hablando solo.

La angosta escalera hacía difícil la bajada, y él miraba á la gran caja amarillenta acercarse con lentitud, y cuando llegó hasta él, inclinóse un poco para leer lo que se había inscrito sobre la placa.

El pasillo era más ancho, y los hombres se dirigieron hacia el túmulo colocado delante del vestíbulo; él continuaba mirando, mirando cómo se iban allí cuarenta años de su vida, las cosas de otro tiempo, las buenas y las malas, que deploraba sentidamente, como se deplora la juventud perdida.

Detrás del féretro Paulina y Lázaro lloraban.

—No, no, dejadme— les dijo, cuando ellos se disponían á rodar otra vez el sillón hasta el comedor.

—Idos con ella, que yo quiero ver aún.

Se colocó el féretro en el túmulo; otros hombres llegaron á levantarlo; la comitiva se organizaba en el patio con toda la gente del país.

Mateo, encerrado desde por la mañana, gemía bajo la puerta de su perrera, y Minucha, sentada en la ventana de la cocina, examinaba con apariencias de sorpresa aquella gente y aquella caja que se lle-

vaban, y como no partiesen pronto, la gata, fastidiada, empezó á lamerse el vientre.

—¿Pero tú no vas? — preguntó Chanteau á Verónica, que estaba detrás de él.

—No, señor—respondió la criada, muy pálida.— La señorita ha dicho que me quede con vos.

La campana de la iglesia continuaba tañendo, y el féretro salió del patio, seguido de Paulina y de Lázaro, y negro con la luz del sol.

Y en su asiento de enfermo, por el claro de la puerta del vestíbulo, que había quedado abierta, Chanteau le vió partir.

* * *

La complicación de las ceremonias y otros asuntos que hubo necesidad de arreglar detuvieron á Paulina y Lázaro dos días en Caen.

Al regresar, después de una visita al cementerio, el tiempo había cambiado, y tremenda borrasca azotaba las costas; partieron de Arromanches con recia lluvia y con huracán tan fuerte, que la capota del cabriolé estuvo á punto de ser arrancada por el viento.

Paulina se acordaba de su primer viaje, cuando la señora Chanteau la trajo de París; reinaba entonces una tempestad parecida, y su pobre tía la pro-

hibió inclinarse fuera del coche para mirar al mar, y la anudó un pañuelo á la garganta.

Lázaro pensaba también, recostado en su asiento: veía á su madre en aquel camino, impaciente por abrazarle siempre que volvía de sus viajes; recordaba que una vez, en Diciembre, ella anduvo dos leguas á pie para verle más pronto, y tuvo que sentarse precisamente en aquel mismo sitio.

La lluvia caía sin cesar, y la joven y su primo no cambiaron una palabra desde Arromanches á Bonnevillle.

Mas al llegar al pueblo la lluvia cesó, redoblando el huracán su violencia, y fué necesario que el cochero se apease para llevar de la brida al caballo.

Y apenas el coche se había detenido enfrente de la puerta, pasó corriendo el pescador Houtelard, y gritó:

—¡Ah, señor Lázaro! ¡Mala cosa es ésta! ¡Me parece que se quiebra vuestro artificio!

No se podía ver el mar desde aquel ángulo del camino, y el joven, que había levantado la cabeza, vió á Verónica de pie en la terraza, con la vista fija en la playa.

Por el otro lado miraba también hacia allá el cura Horteur, apoyado en la tapia de su jardín, por temor de que el viento le rasgara la sotana.

El Cura se inclinó para gritarle :

—¡Se lavan perfectamente vuestras presas!

Entonces Lázaro bajó á la costa, seguido de Paulina, á pesar del tiempo inclemente, y cuando ambos llegaron á la parte baja, quedáronse estupefactos ante el espectáculo que presenciaron.

La marea, una de las mareas de Septiembre, subía con espantable ruido, aunque no había sido anunciada como peligrosa; pero la borrasca que soplabá desde la víspera por el Norte hinchaba las olas desmesuradamente, y montañas de agua se alzaban en el horizonte y rodaban y se estrellaban en las rocas.

Á lo lejos el mar estaba negro, con el siniestro reflejo de nubarrones de tinta que galopaban por un cielo lívido.

—Vuelve á subir—dijo el joven á la prima;—que yo voy á echar un vistazo á eso, y volveré en seguida.

Pero ella no respondió, y continuó siguiéndole hasta la playa.

Allí sostenían rudísimo combate las presas y la gran estacada que había sido construída últimamente.

Las olas, cada vez más gruesas, brincaban como

carneros, una tras otra, y su ejército era tan numeroso que nuevas masas avanzaban sin cesar; sus espaldas verdosas, sus crines de espuma subían hasta el infinito, cual empujadas por un hálito gigante; luego, en el fragor del choque, aquellos monstruos volaban hechos polvo y caían deshechos en blanca lluvia que el torbellino arrebatava.

En cada uno de aquellos embates rechinaba el maderamen de las presas; una tenía ya rotas sus machones laterales, y la gran viga central, agarrada todavía al fondo por uno de sus extremos, se tambaleaba desesperadamente como tronco inerte cuyos miembros ha cortado la metralla.

Otros dos resistían mejor, no perdiendo sino astillas de las vigas, pero se les veía temblar, fatigarse, adelgazarse en medio del abrazo estrecho y movable de la marejada.

—¡Bien decía yo!—dijo Prouane, que estaba completamente ebrio, recostado en el casco apolillado de una vieja barca.—¡Bien decía yo que sería preciso ver esto cuando el viento soprase de arriba! ¡Bien se burla el mar de las pajuelas de este joven!

Risas de burla acogían estas palabras.

Todo Bonneville estaba allí, hombres, mujeres y niños, muy divertidos con los embates enormes que

recibían las presas: el mar podía tragarse sus casas, es cierto; pero ellos le amaban con medrosa admiración, y habrían considerado como afrenta que el primer *bourgeois* advenedizo le hubiera domado con cuatro maderos y dos docenas de clavijas.

Y esto les excitaba, les enorgullecía como si fuera un triunfo personal.

—¡Atención!— gritaba Houtelard.— Mirad bien aquel cachivache, ¿eh?..... Pues ya le han quitado dos patas.

Llamábanse unos á otros, y Cuche contaba las olas.

—Se necesitan tres, ya veréis..... ¡Una! ésta le desclava..... ¡Dos! ésta le barre..... ¡Ah, la bribona! ¡Dos la han bastado! ¡qué bribona es la insaciable!

Y la palabra *bribona* era como una caricia dedicada al mar.

Hacíanse juramentos muy originales; la chiquillería danzaba cuando una mole de agua más grande caía sobre la estacada y rompía de golpe los travesaños.

—¡Uno más, uno más! A todos sucederá lo mismo; se romperán y estallarán como pulgas de mar bajo el zapato de un chico.

Tal era el espectáculo anhelado, la tremenda batalla decisiva. ¡En fin! ¡las primeras olas, hundiéndose en la armadura de las presas, les hacían reír!

—¡Lástima que no ande por aquí ese joven!— dijo con voz gangosa el tunante Tourmel.— ¡Bien podría ponerse de espaldas sobre ellas para reforzarlas!

Un silbido le hizo callar, porque los pescadores acababan de ver á Lázaro y á Paulina.

Estos, muy pálidos, habían oído todo, y continuaban mirando en silencio.

Poco significaban todavía aquellos maderos rotos; mas la marca debía subir aún por espacio de dos horas, y el pueblo sufriría grandemente no resistiendo la estacada.

El joven tenía cogida á su prima por el talle, y la estrechaba hacia sí mismo para protegerla contra las brucas ráfagas que pasaban sobre ellos.

Una sombra lúgubre caía del cielo opaco, las olas mugían, y los dos estaban inmóviles, vestidos de riguroso luto, en medio del polvillo de agua volante, en el clamor que se alzaba cada vez más recio.

Alrededor de ellos los pescadores aguardaban, con la boca plegada por burlona sonrisa y animados de inquietud creciente.

—Esto no ha de ser muy largo—murmuró Houtelard.

Pero la estacada resistía, y á cada ola que la cubría de espuma, las maderas negras, cubiertas de alquitrán, reaparecían bajo el agua blanca; pero desde que una pieza se quebró, las más cercanas se aflojaron y se fueron deshaciendo en pedazos.

Hacia cincuenta años que los más viejos no habían visto una marejada tan fuerte.

Bien pronto hubo necesidad de alejarse, porque los maderos arrancados golpeaban á los otros y acabaron de destruir la estacada, cuyos restos fueron violentamente lanzados á tierra.

Ya solo quedaba derecha una de las vigas, semejante á las boyas que se ponen sobre los escollos.

Bonneville cesó de reír, y las mujeres se llevaron á sus hijos, vertiendo lágrimas.

La *bribona* les llamaba: había allí como un estu- por resignado; era la ruina esperada y sufrida en la estrecha vecindad que aquellas gentes tenían con el mar, el cual las alimentaba y también las mataba.

Hubo una desbandada general, un galope de almadreñas y gruesos zapatos; y todos se refugiaron detrás de los muros de guijarros, cuya sola línea protegía aún las casas; pero los maderos cedían ya

las planchas estaban dobladas, las olas enormes pasaban por encima de los malecones demasiado bajos.

Nada resistió: una avalancha de agua se estrelló en la misma casa de Houtelard, rompió los cristales y llenó la cocina.

Aquello fué una derrota completa: sólo el mar quedaba victorioso, barriendo toda la playa.

—¡No vayáis á vuestra casa!—gritaban las gentes á Houtelard. — Id á casa de los Gonin..... Todo ese lado se va á caer.....

Lázaro y Paulina habían retrocedido lentamente delante de la marea, y no siendo posible ningún socorro, volvían á su casa, cuando la joven se paró á mitad del camino para dirigir una ojeada al pueblo amenazado, aplastado entre las rocas y las olas.

—¡Pobres gentes!—murmuró.

Pero Lázaro no les perdonaba sus estúpidas risas: herido en el corazón por aquel estrago, que era para él una derrota, hizo un gesto de cólera, y dijo:

—¡Que se acuesten en esa cama, ya que tanto la quieren! ¡No seré yo tan necio que trate de impedirselo ahora!

Verónica bajaba á su encuentro con un paraguas,